

# PRIMERA TRAVESÍA DE MARTÍN ANCA-ARIN

Maite Ruiz de Azúa

Martín de Zabala, para servirles, o si lo prefieren Martín *Anca-arin*, pues de tal guisa he sido conocido desde temprana edad en Rentería, lugar en el que vine al mundo. El apodo se lo debo a la ligereza de mis piernas, tanto para escabullirme de quehaceres fastidiosos como para huir de airados comerciantes que me perseguían puño en alto por haberles hurtado alguna pequeña mercancía, pero sobre todo me lo gané por mi destreza para la danza. No había fiesta ni entretenimiento en los alrededores al que yo no acudiera y ningún mozo participaba en los bailes con más gusto que yo.

Era poca, en cambio, mi afición a la escuela. No porque no me interesara el estudio, sino porque mi carácter inquieto me impedía permanecer largo tiempo encerrado en el cuartito aquel donde el maestro se esforzaba en poner un poco de orden y disciplina en nuestras cabezas. Me aburría solemnemente y a la menor ocasión hacía uso de la ligereza de mis piernas. Algo aprendí, no obstante, cosa que debo agradecer al tesón de mi madre por que no faltara a la escuela, pues sin el conocimiento de las letras y los números mal hubiera podido desenvolverme en años venideros. Tampoco consiguió mi

padre, ferrón en Renteriola, y pese a que lo intentara en varias ocasiones, llevarme con él de aprendiz a la herrería, para ello argumentaba a mi favor que yo había de ser hombre de mar, que no de fuego.

De esta manera, eran los más los días que holgazaneaba por las calles de Rentería, o marchaba camino de Basanoaga, a poca distancia de la villa, lugar en el que se encontraban los astilleros. Allí fue donde vi por primera vez al Capitán Martín de Uranzu, a quien a partir de ahora nombraré como Capitán Machino, hombre valiente, enérgico y generoso, muy querido por todo el pueblo. Sin embargo, en la mayoría de los casos, mis escapadas se dirigían preferentemente hacia el muelle, donde veía arribar numerosos navíos cargados de pescados o mercaderías varias que despachaban en la lonja, y los contemplaba volver a partir con carga de hierro, alquitrán o lanas. Me divertía oír hablar a los marinos, sus historias acerca de los mares y me quedaba hechizado con las descripciones de las extrañas tierras de las Indias Occidentales, los fabulosos tesoros que guardaban, los acechantes monstruos marinos y los hombres y mujeres vestidos de plumas que se devoraban entre sí. Todo ello iba encendiendo en



mí un mayor deseo de aventurarme en aquellas naves, tenía ganas de ver el mundo y mis piernas me empujaban a irme cada vez más y más lejos. Poco me aliviaban ya mis huidas hasta los astilleros, la lonja y el puerto, bien pronto supe que lo que yo quería era salir a navegar.

Estando por el mes de enero de 1526, el Capitán Machino andaba buscando hombres para formar parte de su tripulación en el galeón *Vasconia* y siendo como era tan apreciado en nuestra villa, gran número de voluntarios tuvieron a bien enrolarse bajo su mando, de tal modo que el total de la tripulación resultó ser vecina de Rentería. Yo, aún mozo de trece años, pocas esperanzas tenía de embarcarme, pero sabiendo mi tío Lope de Zabala las muchas ansias que tenía al respecto, se ofreció a mediar para llevarme a bordo, e intuyendo mis padres que tal vez fuera esta la única ocasión que tendría de medrar algo en la vida, dieron su consentimiento de buena gana.

En cuanto a mi trabajo en el galeón se limitaba a labores de limpieza mayormente, aunque según la necesidad también solía ejercer de ayudante del cocinero, que no era otro que mi tío Lope. He de confesar que en un principio mi inexperiencia y atolondramiento fueron causa de que resultara más estorbo que ayuda y me hice merecedor de múltiples reprimendas, mas las

buenas palabras de mi tío, quien convenció al Capitán Machino de que harían de mí un magnífico marino, junto con las simpatías que pude despertar en los marineros por mi destreza para cantar, bailar o inventar historias con las que les entretenía en las horas de descanso, consiguieron que poco a poco me consideraran uno más de la tripulación.

Navegaba el *Vasconia* rumbo al puerto de Nápoles, adonde llevábamos un cargamento de hierro del País. Los días iban pasando sin mayor contratiempo que alguna tempestad que agitase la nao, y bien feliz estaba yo ya de mi bautizo de mar cuando en la víspera de Pentecostés, al aproximarnos a la isla de Ibiza, avistamos una flota compuesta de cinco galeras, siete galeotas, cinco fustas y un bergantín que enarbolaba una bandera roja con algunos siniestros símbolos, naves todas ellas con las cubiertas repletas de turcos fieramente armados. Una tremenda agitación se levantó entre los nuestros, y de toda aquella confusión yo no alcanzaba más que a distinguir una sola palabra: Barbarroja. El terror de mis pesadillas de niño acababa de hacer su aparición, de manera que ya me imaginaba preso de los turcos, amarrado durante años al banco de una galera, sin ninguna esperanza de salvación, ya que pocos maravedíes podrían pagar mis pobres padres por mi rescate, o en el peor de los casos sería vendido como esclavo a saber qué gentes... y allí me quedé yo clavado en

cubierta, imaginándome cargado de grilletes, sin darme cuenta de que era zarandeado por los marineros que corrían de un lado a otro, armándose de arcabuces y pólvora, balas de cañón y artillería. Y en tal postura me hubiera pillado la refriega si mi tío no me hubiera arrancado del puente y obligado a agachar la cabeza detrás de un barril. No negaré que no tomé parte en la lucha, pero si no lo hice no fue por cobardía, como bien pueden probarlo mis muchos méritos a lo largo de mi vida, sino que fue una especie de asombro y fascinación, y doy fe de que lo que contemplé en aquella ocasión me dio el suficiente sentido y valor para sucesivos encuentros con turcos y corsarios de otra estirpe.

Tomó de inmediato el mando el Capitán Machino y su bravura alentó a luchar sin tregua contra la flota infiel, que ya se prestaba a acometernos. Pese a que estábamos en inferioridad de condiciones, fue fiera nuestra defensa: balas de cañón, tiros llovían de ambos lados, y ya en las primeras acometidas hubimos de lamentar la pérdida de cinco de nuestros hombres, quedando heridos otros muchos, algunos de extrema gravedad, mas no por eso el *Vasconia* hubo de retroceder, antes bien que animados por el aún más enardecido Capitán Machino, seguimos plantando batalla durante toda la jornada.

No ha de creerse tampoco que permanecí durante todo

aquel tiempo detrás del barril donde me había instalado mi tío, y doy gracias a Dios porque no lo hiciese así, de lo contrario el mástil mayor hubiera caído sobre mi joven cabeza, y difícilmente estaría yo en este momento refiriéndoles tales hechos. De tal modo, antes de que cayesen velas y jarcias, y de que abrieran la popa del *Vasconia* a cañonazos, yo ya me hallaba socorriendo en lo posible a los heridos sobre cubierta, bien con palabras de consuelo, o a lo más sorbos de agua o algunos paños para taponar heridas. *Anca-arín*, *Anca-arín*, me llamaban los que aún se mantenían conscientes, y así, bajo la mirada del cirujano de a bordo, iba socorriendo a

las víctimas en lo que podía, que no era mucho.

Ya al término del día, cuando poco faltaba para que los turcos dieran buena cuenta de nuestra nao ocurrió que la armada de Barbarroja, resolvió retirarse, ofendidos ante la bravura de los nuestros, así como por haber quedado en varias ocasiones, diezmada gran parte de su tripulación. Ordenó, pues, el Capitán Machino poner rumbo a la ciudad de Valencia, donde hubimos de pasar algún tiempo para reparar los daños sufridos por nuestro galeón y curar a los heridos. De entre tanto fue fama la gran conducta y valor del Capitán y todos sus

hombres, y fue muy elogiado por Su Majestad y toda la Corte, hasta tal punto que se le otorgó el título de General del mar Océano. En cuanto a mí, satisfecho por haber salvado el pellejo en tal apretado lance, no tenía otro deseo que desembarcar en el puerto de Rentería, y contar esta historia en el muelle, o en la taberna, con el resto de los hombres. Y desde entonces han sido muchas mis singladuras, al comienzo como grumete y marino a las órdenes del Capitán Machino y sus hijos, después como piloto y por último capitán, y otras tantas las veces en las que he merodeado por el puerto esperando el momento de hacerme de nuevo a la mar.



Ilustración: Iñaki Beltrán